

---

## D. MANUEL DE MIER Y TERAN.

---

.....  
Y hoy, ¿dónde el jefe está? ¿Dónde está el sabio  
El campeón denodado,  
Que allá en nuestras fronteras colocado,  
El solo al extranjero detenía,  
Y un ejército entero nos valía?

*José María Lacunza.*

### I.

**M**IENTRAS mas se registra la historia, ó se atraen á la mente los sucesos contemporáneos, mas se convence uno de lo falsa, peligrosa y trágica que es la carrera de esos seres que se llaman hombres públicos, que aparecen en todas las revoluciones, en todas las batallas, en todos los acontecimientos, y que al fin mueren. . . . y mueren sin gloria, sin ilusion, sin tranquilidad, qué sé yo. . . . hasta sin esas palabras religiosas que la piedad cristiana arroja sobre el lecho de un moribundo, por mas infeliz que sea.

El hacer una anatomía de los sufrimientos morales de un hombre público, deberá ser un objeto demasiado vasto para Mr. Balzac, ese anatomista del alma, que sin fastidiar, ocupa medio tomo con su terrible historia de Luis Lambert.

En efecto, un hombre público que brilla, que se apaga, que vuelve á relucir, que vence, que lo derrotan, que tan pronto está circundado del aura del pueblo, como de los dictorios de una faccion, que rie en público, que llora en secreto, que estudia toda la vida para ignorarlo todo, que recorre las mil órbitas de una sociedad, que se roza en su paso con los cobardes, con los valientes, con los usureros, con los aduladores, con los avaros, con los aspirantes, y que al fin no tiene mas que una tierra fria donde reposar; es un objeto grande, muy grande para la investigacion de un filósofo.

Estas ideas poco mas ó menos me ocurrieron, cuando parado junto á una tápia derruida, que llaman cementerio en Padilla, ví una losa sin inscripcion, sin adorno, una losa gruesa, arrancada solamente del cerro, que pesaba sobre dos cadáveres. Iturbide que fué fusilado, y Terán que se suicidó. ¡Qué grandes y hermosos nombres! ¡¡ITURBIDE Y TERAN!!!

¡Cómo deseaba yo en aquel momento haber conocido y tratado íntimamente á aquellos hombres, saber las particularidades de su vida privada, y los grandes acontecimientos de su carrera pública! ¡Oh! decia yo, si tuviera datos, si hubiera participado de sus expediciones y peligros, yo escribiría su biografía, pero no como esas biografías descarnadas, insulsas y frias que vemos en los diarios; sino minuciosa, llena de esas interesantes pequeñeces que forman un todo grandioso, que jamás olvidan los hombres de Europa, cuando hablan de sus capitanes, de sus sábios y de sus artistas.

Pero dos verdades desconsoladoras vinieron á mi mente, á saber: Que esos hombres á quienes hemos visto y tratado, á quienes hemos observado, por decirlo así, en sus ruines pasiones y en sus ruines defectos humanos, no pueden tener jamás el atractivo y el entusiasmo que nos causa un Federico, un Pedro el Grande, un Napoleon.—Estos son coloses que se ven aun mas grandes de este lado del Oceano—La otra verdad es, la de que muertó un hombre en México, que-

dan tan pocas trazas de su carrera, que casi es imposible caracterizarlo de una manera verídica é imparcial.

Sea como fuere, yo creo que cuando un hombre hace cosas que por mas sencillas y fáciles que parezcan, no ejecutan los demas, ese hombre es singular, ese hombre merece un recuerdo, una página en la historia, ó un distintivo que lo saque de esa confusion social, en que deben quedar sumergidos los que no han tenido energía para distinguirse en las armas, en las ciencias, en las bellas letras; y que su espíritu y su cerebro son medianos para hacer mal, y nulos para hacer bien.

Ergo, como el general cuyo cuerpo reposaba sobre el cuerpo del emperador, en la lejana sepultura de Padilla, tuvo muchas páginas brillantes en el libro de su vida, es preciso que bien ó mal le consagre unos mal forjados renglones.

## II.

La noche que el cura Hidalgo se pronunció en Dolores por la independecia, examinó sériamente su conciencia, y halló que no era ni general, ni coronel, ni aun simple soldado; sino únicamente un anciano cargado de achaques, y cuyo saber se limitaba á las pacíficas ocupaciones de la agricultura y de las artes. Esta reflexion lo llenó de un profundo desconsuelo; pero á poco, echó de ver á los doce serenos que lo acompañaron en su atrevido pronunciamiento, y con una

calma glacial, dijo: "La suerte está echada, y pagaré con mi cabeza; pero he arrojado una semilla que jamás arrancará la España." Desde este momento, como el viejo hablaba con el espíritu y la certeza de un profeta, se llenó de entusiasmo, y mandó repicar las campanas de su curato.

El vaticinio se cumplió.—Cayó la cabeza del cura y cayeron otras muchas; pero parecía que de cada tumba nacía un héroe, que de cada corazón helado por la muerte, brotaba otro corazón lleno de ardor y de entusiasmo por la causa de la libertad. Así es que, aunque plagado el país de uno á otro extremo de bandidos déspotas y de bandidos liberales, é inundado de la sangre de mexicanos y españoles, se veían aparecer y lucir cada vez mas claros algunos géneos que merecerán la veneración, no solo de sus paisanos, sino aun de sus mismos enemigos.

Todas las cosas del mundo comienzan por un orden regular. La encina no nace ya robusta y corpulenta, como tampoco las facultades del hombre se desarrollan totalmente en su principio; así es que debemos comenzar por observar á un teniente coronel de artillería bien apersonado, instruido en la ciencia de su arma, y alegre y risueño con la íntima convicción de que defendía una causa que había de triunfar. Este jefe estaba por el año de 1811 en el rumbo de Oaxaca, unido á las fuerzas independientes que había por aquel país; y como es de suponerse, las escaramuzas se habían sucedido unas á otras; pero sin que se percibiese una ventaja conocida, hasta que Alvarez, que mandaba entonces la provincia de Oaxaca, con mucha artillería, pertrechos y víveres, puso sitio al pueblo de Silacayoapan. Un día dijo Sesma, que mandaba las fuerzas independientes, al teniente coronel de que nos ocupamos:

—¿Sabe vd. compañero, que vamos á ser destrozados por los españoles?

—Bien que lo sé, porque tienen mucha artillería.

—¿Y no discurre vd. un medio de librarnos?

—Solo uno.

—¿Cuál es?

—Quitarles la artillería.

Sesma meneó la cabeza y volvió la espalda diciendo entre dientes: "Buena adivinanza la del teniente coronel."

La noche siguiente, con mucho silencio salió el teniente coronel con unos cuantos hombres decididos, se dirigió al lugar donde los enemigos tenían su artillería al cuidado de un capitán llamado Perez; y cayendo de improviso, comenzaron él y su gente á repartir sendas cuchilladas y porrazos á diestra y siniestra. A poco salió la luna, y el teniente coronel vió que no había ya ningún enemigo á quien ofender, pero sí muchos cañones que llevarse, lo que en efecto realizó.

Como los enemigos se vieron privados de la única arma útil para el ataque de plazas, levantaron humildemente su campo y dejaron á los sitiados en paz.

Sesma dió un abrazo al teniente coronel, y el congreso de Apatzingan le envió un escudo de honor.

Este hecho anunciaba que el teniente coronel entonces, sería después el Excmo. Sr. general D. Manuel de Mier y Terán.

En el instante en que se da el grito de rebelión, aunque tenga por causa la mas santa y justa del mundo, los vínculos que ligan al hombre con la ley quedan disueltos. Hé aquí por qué se necesita revolucionar con las conveniencias sociales y no con el entusiasmo de los hombres; con los intereses, y no con el patriotismo; con las pasiones, y no con la virtud. El que dude de esto, tómese la pena de recordar épocas, y no muy remotas, y se convencerá que es cierto lo dicho. Síguese también que los vínculos de la obediencia rotos, el caudillo tiene que lidiar no solo con sus natos y naturales enemigos, sino con la ambición de sus adictos.

Sucedía esto con frecuencia en tiempo de la insurrección, en que se veían unidos al parecer á los caudillos mexicanos para luchar por una misma causa, pero devorados en lo interior del pensamiento de sobreponerse á los demás, y aun muchas veces querían abrogarse el derecho de mandar des-

póticamente sobre los otros jefes. Uno de estos era Rosains, hombre arrebatado, colérico y hasta sanguinario, según se deduce de la historia de sus hechos.

Terán militaba á las órdenes de Rosains en la provincia de Oaxaca, y aunque puede decirse que no estaba en todo acorde con sus ideas, lo seguía en sus expediciones; y llegó el caso de que arrastrado por su espíritu de obediencia, ó por otras causas que es difícil averiguar, se viese obligado á trabar, el 27 de Julio, una acción en las barrancas de Jamapa con un guerrillero llamado Luna. La lucha fué sangrienta, y los mexicanos desentendiéndose de su objeto, se mataron unos á otros delante de su comun enemigo. Por desgracia, esto se ha repetido con frecuencia de entonces acá.

Terán no era de esos hombres comunes que obran sin pensar, y que después que obraron no reflexionan; así es que, consideró naturalmente que había sido en este lance un instrumento de los caprichos de un hombre, y no un campeón de su patria. Después de hecha esta reflexión, Terán ni amaba ni obedecía de corazón á Rosains, aunque lo siguió por de pronto á una expedición por el rumbo de Huamantla, en que se trataba también de batir á Osorno, otro cabecilla insurgente, que había negado la obediencia á Rosains.

Llegó, pues, una ocasión en que por uno de esos cambios infinitos de la guerra, se abocase Terán con el mismo guerrillero Luna á quien había batido, y llevara á cabo el proyecto que había concebido.

—Bastante desgracia fué, amigo Luna, que nos hubiéramos batido en las barrancas de Jamapa, le dijo Terán con una voz compungida.

—Eso mismo pensé yo cuando me fueron á atacar; pero vd. vé que la defensa es natural.

—¿Y cree vd. todavía que yo tuve la culpa de que llegáramos á ese extremo?

—Yo....

—Vamos, amigo Luna, le interrumpió Terán, dándole afec-

tuosamente una palmada en el hombro, yo he sido amigo de vd.; y además, reflexionará que una vez que he tomado las armas contra el gobierno español, no las había de convertir contra mis hermanos.

—El Sr. Rosains, contestó Luna, me ha asegurado que vd. tuvo la culpa de todo, y luego como vd. mandó la acción y....

—¿Rosains?.... exclamó Terán mordiéndose los labios.

—Sí señor.

—Francamente, quiero que me diga vd., continuó Terán, si el hombre que promueve y fomenta la discordia, y hace que se asesinen hermanos con hermanos, es verdaderamente patriota.

—Creo que no, respondió Luna.

—Bien, ¿y vd. estaría á las órdenes de un hombre semejante?

—No.

—Pues sepa vd. que Rosains es el que ordenó batiera á vd. hasta no dejarle un hombre.

—¿Rosains!.... exclamó Luna.

—El mismo, dijo Terán, y por mi parte estoy resuelto á separarme de su obediencia.

—¿Es posible?.... Pero....

—Si vd. no me quiere ayudar en esta empresa, la acometeré yo solo; y si no puedo, me marcharé á mi casa.

Luna se mordía las uñas, sin responder una sílaba.

—¿Conque no responde vd., Luna? Acuértese que el pobre Martínez murió atravesado de balas, por oponerse á la autoridad de Rosains.

—Eso mismo pensaba yo, y por lo cual no me parece acertado el plan de vd.

—¿Y cree vd., le interrumpió Terán, que soy un niño que me dejaré matar impunemente? Cuando yo le digo á vd. esto, es porque cuento con la tropa, porque podemos sorprenderlo de una manera segura, y en una palabra, porque la empresa no tendrá riesgo.

—En ese caso . . . .

—Cuento con vd., ¿no es verdad?

Luna presentó la mano, que Terán la estrechó, y ambos quedaron citados para la noche.

La mañana siguiente, que era 20 de Agosto, estaba Rosains en su cama con una gran montera de dormir, y jurando como un cabo, por no sé qué falta de su asistente.

—¡Voto á Dios! le decía, que te he de machucar la cabeza, pedazo de animal. ¿Por qué no has hecho lo que te ordené?

El pobre soldado que estaba delante de su jefe temblando de miedo, apenas tartamudeó unas cuantas palabras. Rosains continuó:

—¡Voto á brios! Todos vdes. son una manada de animales que no andan sino á palos. Te prometo que te he de sacar mas de cuatro gotas de sangre. ¡Voto á brios! que esta gentua la ha dado en perderme el respeto; pero ya se vé, lo mismo eres tú que ese otro menguado de Osorno, muy ufano con sus hechos, y es mas bestia que un cabo de escuadra. ¡Eh! marchate, ¡voto á brios! ó te rompo la nuca con..... Diciendo esto, se agachaba á tomar algun trasto con que ejecutar lo que decía; pero el soldado mas que de prisa dió la vuelta, abrió la mampara, y se presentaron á ese tiempo Luna y Terán.

—¡Voto á brios! continuó Rosains, que me ha dado un buen desayuno este bribon asistente.—¿Qué se ofrece, que tan de mañana tengo á vdes. por mi casa?

—Hay asuntos, le contestó Terán, que no ofrecen demora.

—¿Véamos cuáles?

—Ciertos hombres de genio violento y arrebatado, sirven mas para perjudicar á la causa de la patria que para defenderla.

—Y ¿dónde están esos hombres? interrumpió Rosains, frunciendo el ceño.

—No están muy lejos, continuó Terán con mucha calma,

y por fortuna podemos deshacernos de ellos. ¿Le parece á vd.?

—Sí, sí, me parece . . . .

—Para no andar con mas rodeos, vd. es uno de esos hombres, y por tanto venimos á prenderlo.

Rosains se incorporó á tomar el sable, que creyó estaba en la cabecera; pero Luna sacó un par de pistolas y se las puso al pecho, con lo que Rosains se quedó en la posición en que estaba y dijo:

—Mal hice en no romperle el alma á ese pícaro asistente que no puso la espada y las pistolas á mi cabecera.

En efecto, el sable no estaba en el lugar acostumbrado, ni habia otra arma por allí cerca.

—Es inútil la resistencia, prosiguió Terán, porque toda la tropa está de acuerdo, y no le queda á vd. mas arbitrio que resignarse con su suerte; con que háganos vd. favor de vestirse, ó de lo contrario lo liarémos á vd. con todo y colchon, y como un fardo inútil, lo dejarémos olvidado en el calabozo.

Rosains se puso encendido, se mordió los puños y dejó:

—Muy bien, Sr. Terán. No creia yo que vd. era un traidor.

—Hay muchas creencias que salen erradas: yo creia que vd. era un buen patriota, y cuando me desengañé de lo contrario, he venido á quitar á vd. de enmedio, para que no perjudique al país.

—Sí, sí, fusilarlo es lo mejor, dijo Luna, con una voz ronca.

A estas palabras, Rosains dejó caer de las manos los pantalones que habia tomado, y se puso pálido como la muerte.

—Ruego á vd. que se vista, interrumpió Terán con mas dulzura, mirando el fatal efecto que habian hecho las palabras de Luna. En cuanto á la suerte de vd., el traidor Terán se encargará de dulcificarla: tranquilícese vd.

Con esto se recuperó un poco, y acabado que hubo de vestirse, salieron los tres de la recámara.

D. Pablo Mendivil, hablando de Rosains, dice: “Fué en-

tregado á Luna, conducido despues al departamento Osorno, y al fin puesto en calidad de arrestado á disposicion del congreso. Logró fugarse, obtuvo el indulto por medio del secretario del arzobispado de México, y quedó purificado haciendo los ejercicios espirituales que se le impusieron en penitencia."

El hecho de quitar la artillería á los sitiadores de Silacayoapan fué el de un soldado valiente; y el que acabamos de referir anunciaba, que el soldado reunia el valor, la astucia, el talento, tres cualidades que constituyen á mi modo de ver un gran militar.

En efecto, este acontecimiento, llevado á su fin con toda felicidad, proporcionó á Terán el quedar sin rival en el mando militar, aunque no exento de algunos temores, respecto á que Rosains era uno de los favoritos de Morelos, de ese grande hombre de la libertad mexicana.

## III.

No habian pasado dos meses del suceso que va referido, cuando una mañana muy temprano, salió Terán de su habitacion con el rostro encendido, los puños cerrados, y gritando frenético: *Que toquen generala; que toquen botasilla; que toquen asamblea; ¡á las armas! corramos. . . .* Los soldados de guardia creyeron que su jefe se habia vuelto loco, y no sa-

bian que hacer, hasta que el cabo cuadrándose á su frente y con la mano en el casco, le dijo:

—¿Qué ordena mi coronel.

Esta interpelacion sacó de su éstasis á Terán; su rostro volvió á su color habitual; sus puños crispados tomaron poco á poco su elasticidad, y recobrando su sangre fria, sonrió con los soldados, y le dijo al cabo:

—Tenemos que marchar hoy mismo, y cuento con mis buenos y valientes soldados.

—¡Viva nuestro coronel! ¡viva la patria! interrumpieron los soldados!

El coronel continuó:

—Cabo, vaya vd. en persona á decirle al mayor que venga al momento.

El cabo corrió á ejecutar la orden, y el coronel arreglando su vestido, echó una mirada de satisfaccion á su reducida tropa, y se retiró.

El mayor no se hizo aguardar.

—Buenos dias, mayor. El mayor se inclinó. Tenemos que marchar en este momento á Teotitlan. Alvarez tiene sitiado en este momento á mi hermano, y es preciso auxiliar á ese jóven que puede hacer alguna locura.

—Está bien, mi coronel.

—Que se dé el primer toque de marcha.

—¿A qué horas se da el segundo?

—A las once.

—¿Y el tercero?

—Cuando yo lo mande.

—Muy bien. ¿Tiene vd. otra cosa que ordenar?

—Mucha actividad y mucho sigilo, mi valiente mayor.

—Con permiso de vd., mi coronel.

El lacónico y valiente mayor se retiró.

Al dia siguiente, la pequeña tropa, que apenas se componia de doscientos hombres, iba en marcha por unos senderos pendientes y escabrosos, por donde costaria trabajo pasar aun á los mismos leopardos y lobos. Los soldados esta-